

En mi vida me he fumado más de cien mil cigarrillos, y todos y cada uno de ellos han significado algo para mí. Algunos incluso me han dejado buen sabor de boca. Me he fumado cigarrillos buenos, muy buenos y horribles, cigarrillos secos y cigarrillos húmedos, picantes y casi dulces. Unas veces he fumado a toda prisa; otras, lentamente y con fruición. He gorreado, robado y trapicheado con cigarrillos, los he conseguido con malas artes y los he mendigado. En un aeropuerto de Nueva York pagué una vez trece dólares por una cajetilla. He tirado cajetillas medio llenas a la basura para acto seguido respearlas y hacerlas definitivamente inservibles después de pasarlas por el grifo. He fumado colillas, puros, puritos, bidis, kreteks, porros y paja. He perdido vuelos por culpa de un cigarrillo y hecho agujeros en pantalones y asientos de coche. Me he chamuscado las pestañas y las cejas, me he dormido fumando y he soñado con cigarrillos, con recaídas e incendios y con la mortificante privación. He fumado a cuarenta y cinco grados y a veinticinco bajo cero, en bibliotecas y en salas de seminario, en barcos y en las cumbres de montañas, en los escalones de las pirámides aztecas y —a escondidas— en un antiguo observatorio astronómico, en sótanos y en graneros,

en camas y en piscinas, en colchonetas hinchables y en lanchas neumáticas de paredes finísimas, en el meridiano cero de Greenwich y en las islas Fiyi, a ciento ochenta grados de longitud. He fumado porque tenía el estómago lleno y he fumado porque tenía hambre. He fumado porque estaba feliz y he fumado porque estaba abatido. He fumado por soledad y por amistad, por miedo y por alegría. Todos y cada uno de los cigarrillos que me he fumado han tenido su función: eran una señal, un medicamento, un estimulante o un sedativo, eran un juguete, un accesorio, un fetiche, algo con lo que matar el tiempo, un catalizador de la memoria, un instrumento de comunicación o un objeto de meditación. A veces eran todo eso al mismo tiempo. Ya no fumo, pero todavía hay momentos en los que no hago otra cosa que pensar en cigarrillos. Como ahora mismo. La verdad es que no debería escribir este libro, es demasiado arriesgado.

Pero no cejaré en mi empeño. Escribiré sobre todo ello y lo haré sin mistificarlo ni demonizarlo. Porque no me arrepiento de nada. Cada cigarrillo que he fumado ha sido un buen cigarrillo.

Hay gente con la que me encantaría fumarme un cigarrillo: amigos a los que hace mucho que no veo, artistas a los que admiro. Que eso no llegue a darse nunca no depende sólo de mí ni de mi decisión. La mayor parte de ellos ya no fuma. Algunos incluso han muerto. Me habría encantado fumar con mi abuelo, entre cuyas manos enormes y callosas el cigarrillo parecía siempre tan delgado y frágil. Murió demasiado pronto. Estoy convencido de que murió porque en el hospital al que lo llevaron después de caerse le quitaron los cigarrillos. Pese a que sólo fumaba entre cinco y diez al día, durante sesenta años.

Mi abuelo era un hombre sumamente moderado. Cuando se pasaba mañanas enteras en su cocina del barrio de Pfaffendorf, en Coblenza, seleccionando lentejas, pelando patatas o sacando brillo a los huevos de Pascua con una corteza de tocino sobre un periódico abierto, tenía siempre al lado la cajetilla de Lux con el librito de cerillas escondido dentro.

Muchas veces he soñado con fumar en un museo. Me imaginaba que me sentaba en uno de esos bancos de madera maciza y lisa calentados por el sol oblicuo de la tarde, delante, por ejemplo, de uno de esos retratos de grupo de Frans Hals, austeros y pintados deprisa, y me llevaba a la boca un Finas Kyriazi Frères, un cigarrillo oriental sin filtro que, por desgracia, hace ya algunos años que desapareció del mercado. No tengo la menor duda de que sería un momento de claridad absoluta, quizá de felicidad máxima.

Pero no va a pasar. Ya no fumo. Aunque sí puedo escribir al respecto. Y si al escribir doy vueltas alrededor del tema de mi adicción —que para mí, de hecho, es el tema de mi vida—, puedo también plantearme algunas preguntas: ¿Cómo me convertí en fumador? ¿A qué obedecía esa necesidad? ¿Han saciado los incontables cigarrillos que he fumado a lo largo de mi vida esa necesidad? ¿Cómo llevé mi adicción? ¿Cómo llevé la inquietud ocasional de no poder satisfacerla? ¿No me daban miedo los riesgos?

No hará falta que detalle los motivos que me llevaron a tomar la decisión. Todo el mundo conoce los argumentos, tanto los sociales como los médicos. Fumar es una conducta compulsiva. El que vence los impulsos gana libertad. He recaído suficientes veces como para saber que esto no ha hecho más que empezar. En esta ocasión, sin embargo, he decidido conjurar mi adicción con la escritura, mientras narro su historia. Por primera vez, dedicaré toda mi atención a una

estructura que ha dominado casi toda mi existencia y que, de hecho, en algunas ocasiones, he confundido con mi propia vida. Siempre di por sentadas algunas de mis pautas de conducta, automatismos o hábitos de pensamiento, al punto de que ni siquiera reparaba en ellos. Sólo ahora, al volver la vista atrás, puedo analizarlos y empezar a comprenderlos.

Al hacerlo, hay un hecho asombroso que me llama la atención: me he fumado más de cien mil cigarrillos y, por más que me empeñe, soy incapaz de decir si, al encenderlos, se oye crepitar el papel como ocurría en los anuncios del cine. Es evidente que no me fijé nunca, ni siquiera una sola vez.

Un restaurante de autopista en la A1, mediados de los noventa, en algún lugar de Westfalia. Una estación de servicio blanca y azul, el rugido de los motores y el ruido de los neumáticos al pasar detrás de los zarzales polvorientos del oeste de Alemania. He aparcado el coche y espero a mi hermano, que me llevará a Delmenhorst, donde vivía nuestra tía abuela, la mujer cuya jubilación incluía una cláusula que le garantizaba cien años de cigarrillos.

Un camión de transportes danés se para, el sistema hidráulico silba. El conductor lleva unos pantalones de pinzas y una camisa clara a cuadros; tiene un aire desenfadado, casi deportivo. Me siento delante de la tienda, sobre un montón de paquetes de leña envueltos en plástico, bebo café Jacobs Krönung en un vaso de cartón y observo el cielo empañado. No sé dónde tirar el palito que me han dado para remover el café. El danés se coloca a mi lado y se lleva a la boca un Gauloise rojo. Me ofrece uno sin decir nada. Señalo con el palito los surtidores. Están demasiado cerca, digo. *Too close. Boom.* El hombre ríe. Frente a nosotros se detiene un Maserati gris metalizado. Se baja la ventanilla; mi hermano se sube las gafas y pregunta: ¿Llevas mucho tiempo esperando?

Me despido del danés haciendo un gesto con la cabeza y doy la vuelta al coche, que es bajo. *Boom*, repite él con una sonrisa burlona mientras dibuja con las manos lo que sería una explosión. Como la floración de una planta exótica que sucediera a cámara rápida, pienso, como los fuegos artificiales de Año Nuevo. Me apoyo en el coche, meto la cabeza y me deslizo en el asiento envolvente. Stefan lanza una mirada escéptica al danés, luego a mi vaso de cartón. No le gusta que beba en el coche. Mi padre era igual. Stefan acelera. No hablamos mucho. Fumamos y, de vez en cuando, Stefan va soltando frases del tipo: No creo que estuviera sola. O: ¿Sabías que seguía haciendo esos cruceros de un día a Heligoland para comprar barato a bordo? Son frases compasivas, frases a las que no me siento obligado a responder. Permanecen un buen rato en el aire, antes de extinguirse en el ruido de la autopista, en el bramido intenso del doce cilindros. Vivió hasta los ochenta y dos.

Poco antes de llegar a Bremen, salimos de la autopista. Mi hermano conduce con aplomo por los suburbios, se acuerda perfectamente del camino. Me lleva cuatro años y guarda más recuerdos que yo. Aquí está el centro comercial, dice, ¿te acuerdas? Y por allí se va al sitio aquél de las salchichas con col y patatas. Trato de imaginarme qué habría visto, en qué habría reparado si, por entonces, hubiera sido algo mayor. Una vez al año, un sábado de enero al mediodía, la tía nos invitaba a toda la familia al mejor restaurante de Bremen. Había col rizada, salchichas jugosas y granuladas, y aguar-diente helado. Me acuerdo de los bancos de madera con cojines, de los manteles tan gruesos que parecían alfombras, de las camareras que preguntaban incrédulas si me había comido todo aquello yo solo.

Pasamos por delante de una escuela. Reconozco la fachada de ladrillo rojo, la verja blanca, la cancha de deporte con

la pequeña grada compuesta de seis filas de asientos. Es evidente que guardaba las imágenes en alguna parte de mi cerebro. Recuerdo que, cuando íbamos de visita a principios del verano, había niños jugando en el patio del colegio. Ellos empezaban las vacaciones más tarde. Debieron de parecerme muy extraños, como si vivieran en otro país, en otro huso horario. ¿Quiénes eran aquellos niños al otro lado de la verja? ¿Hablabamos el mismo idioma?

Mientras en la radio proceden a leer la velocidad del viento en el mar del Norte y en el mar Báltico, giramos y entramos en la urbanización. La conforman una serie de bungalós blancos que se esconden detrás de unos setos altos y de unos arbustos que relucen plateados. Un chaval con una bicicleta BMX viene de frente hacia nosotros, sólo se aparta en el último momento con una maniobra hecha con desgana y una sola mano. El portal está abierto, Stefan se mete con el coche por encima de unas planchas que se mueven y frena un poco antes de llegar a la puerta del garaje, que tiene una abolladura. La tía Anna vendió su coche justo después de aquello; no volvió a conducir después del accidente. El caso es que no llevaba el calzado adecuado y el embrague le patinó debajo de aquellos zapatos de tacón propios de Jackie Kennedy. El coche debió de impactar contra la puerta del garaje de un salto, como un sapo. ¿Por qué nunca la mandó arreglar y se limitó a darle una mano de pintura? Simplemente, no era su estilo.

En la entrada aguarda una mujer de mediana edad. Lleva unas gafas demasiado grandes jaspeadas de rosa; del brazo le cuelga una abrigo de piel que aprieta contra el pecho, como si tuviera miedo de que se lo quitaran. Parece tensa, nerviosa, quién sabe cuánto rato lleva esperando. Salimos del coche. Stefan habla con ella. La mujer le responde con insistencia y frases rápidas y entrecortadas. Enciendo un cigarrillo y echo

un vistazo al jardín. Cuando terminaron de construir la casa, mi tía abuela mandó instalar un columpio, pese a que sólo íbamos a visitarla una o dos semanas al año. Las cincuenta semanas restantes, el columpio era la señal visible de que en aquella casa faltaba algo.

La mujer entrega a Stefan un manojo de llaves y una nota con su número de teléfono apuntado. ¿Tienes treinta marcos?, me pregunta mi hermano. La mujer coge el dinero que le debe tía Anna, da las gracias con un breve gesto de la cabeza y baja hacia el portal. Era la señora que venía a limpiar, dice mi hermano, a veces jugaba al *rommé* con la tía. Fue ella quien llamó a la ambulancia. Señorita Meyer, dice Stefan, primero la llamaba señorita Meyer, hasta que un día pasó a llamarla tía Annie. No me creo que la tía le dejara en herencia el abrigo de piel.

La casa de tía Anna apenas parece haber cambiado. Hará casi veinte años desde la última vez que estuve aquí. Delante del dormitorio hay un caminador. La puerta plegable que da a la cocina, manchada y de un rojo oscuro, está cerrada. La calefacción de aire caliente emite un susurro casi inaudible. No encuentro el interruptor. Avanzo a tientas por el salón y descorro una cortina. Sigue habiendo poca luz, hace mucho tiempo que nadie corta los arbustos que hay delante de la terraza. Sillones pesados —pesados hasta el punto de que no hay quien los mueva— con fundas de encaje, los reposabrazos lo suficientemente anchos como para dejar encima grandes ceniceros de cristal. Cada vez que veo esta clase de sillones, no puedo evitar pensar en Deng Xiaoping.

Aquí vimos muchas veces *Juegos sin fronteras* y, en un gramófono que había en un lustroso armario de cerezo barnizado, escuchamos discos de 78 revoluciones que caían del brazo del cambiador con un clac. La tía Anna hacía unas mantas acrílicas de ganchillo que nadie quería porque en invierno no



calentaban. Olía a caldo de pollo con cubitos de huevo cuajado, a humo y a limpiaalfombras. El televisor estaba permanentemente encendido. En verano, cuando la puerta de la terraza estaba abierta y entraba un poco de aire fresco, el farolillo que había traído de Hong Kong tintineaba sobre la mesa del comedor.

Amontonada sobre los arriates, junto a los arbustos y los árboles, había turba fresca y olorosa que alguien había sacado de los alrededores. Por las historias que me contaba la tía, yo sabía que justo detrás del colegio, justo detrás de los lindes de la ciudad, había un país misterioso poblado de paleadores de turba y cadáveres hundidos en la ciénaga. Allí fuera, completaba mi cerebro infantil, estaba lleno de zombis que vagaban eternamente y sin descanso, vigilantes del dique, fantasmas, apariciones y dobles de otras personas. Fuera de la ciudad, los paleadores de turba descubrían los esqueletos de compañías enteras de presidiarios y los cuerpos menudos de hijos no deseados, los cadáveres de criaturas deformes, de hijos bastardos y mongólicos. *Todas las mañanas las columnas se dirigen a la ciénaga a trabajar. Cavan bajo el sol abrasador, pero sólo piensan en su hogar.*

En las paredes de un blanco amarillento del salón y del zaguán cuelgan fotos enmarcadas con passepartout o, en algunos casos, con marcos dorados, fotos de encuentros del personal o de celebraciones de la empresa en las que puede apreciarse a *la señorita Meyer*, a veces sola, a veces acompañada de más gente, junto al presidente de Brinkman, S.A. Sobre el televisor —un Grundig— hay varias fotos de mi madre. Pongo el pie sobre la rejilla de la calefacción por aire caliente instalada en el suelo, escucho el singular ruido metálico, que resuena mucho tiempo, y pienso en todas las piezas de LEGO, canicas y dados que he perdido en ese pozo. Stefan está

en el salón, delante del secreter. Ha abierto cajones y revuelto y sacado algunos papeles. Se ha metido la mano izquierda en el bolsillo y hojea con indolencia un pequeño montón de correspondencia y extractos de la cuenta bancaria; está allí como quien, tras una larga jornada de trabajo, no quiere más que echar un rápido vistazo al correo. Busca alguna disposición, instrucciones para el entierro, me explica. ¿No había comprado ya una tumba y escogido un ataúd y los ornamentos florales a juego? Si no encontramos nada, me dice, la incineramos. ¿Tú qué opinas? Por mí sí, digo. Stefan deja la ceniza en un plato de estaño con una representación de la escultura del Rolando de Bremen, como si de esta manera sellara el acuerdo.

Ni siquiera tenía una agenda telefónica. Tenía una hermana, nuestra abuela, con la que estuvo décadas escribiéndose exclusivamente a través de un abogado, y tres amigas de la escuela que iban a su casa un día a la semana a jugar a la canasta y que se aprovechaban de su generosidad. Las señoras venían en bus desde el centro de Bremen, se bebían el estupendo aguardiente de la tía, se comían su pastel de cereza, jugaban varias partidas y se largaban de nuevo. Con una de ellas —se llamaba Elke y, como ella, tampoco se había casado— hizo en 1975 o 1976, poco después de jubilarse, una de esas vueltas al mundo que organiza la agencia Gastager. Mientras viajaba, iba mandando las películas de Super 8 a mi padre, que a su vez las remitía a Kodak, donde las revelaban. Estaban todas movidas. Hoy pensaría enseguida en el parkinson, pero entonces nos limitábamos a reír.

Estoy convencido de que a la tal Elke le pagó también la vuelta al mundo, dice Stefan. Tiene que haber hecho la misma asociación de ideas que yo en el mismo momento. Pese a todo, en su día vimos la película de Hong Kong de principio

a fin: seis valiosísimos minutos de Kodak con los culos movidos de un pelotón de jubiladas alemanas en Kowloon que me causaron una honda impresión. Se veía cómo las mujeres avanzaban a duras penas por Nathan Road y pasaban por delante del parque y de las enormes y sucias Chungking Mansions, el mismo lugar en el que, unos años más tarde, yo pasaría un verano sofocante, sin más ropa que los calzoncillos y tumbado en un dormitorio atestado de indios, para, en una cama elevada, a apenas un palmo del techo sudoroso y con estrías de un verde cerúleo, llenar a lápiz un montón de cuadernos, unas cuatrocientas páginas bien buenas, páginas que nunca quisieron conformar un todo unitario, la gran novela poscolonial que yo había planeado.

Llaman a la puerta y, por un momento, me estremezco. La puerta sigue abierta. Un hombre me tiende una tabla sujetapapeles y un bolígrafo. Me pide que firme el acuse de recibo y me entrega dos cartones de cigarrillos. Me desea buenas tardes y vuelve a su camioneta de reparto blanca, que ha dejado en la calle con el motor encendido. En el perchero que hay junto a la puerta cuelga un visón. Da la impresión de que los dos gorros de piel que hay encima desprenden calor y están vivos, como si sólo estuvieran durmiendo. Encima de una vieja lechera de cinc, en la que hay varios paraguas de colores, cuelga un extintor de la marca Gloria. Vuelvo al salón con los cigarrillos.

Nunca se casó. Durante toda su vida laboral fue fiel a la empresa Brinkmann, en Burgdamm, cerca de Bremen, una fábrica de cigarrillos que producía, entre otros, la marca de cigarrillos light líder del mercado: Lord Extra. Como antiguo miembro del comité de empresa, la tía Anna disfrutaba de una

pensión más que aceptable y de una remuneración mensual en especie consistente en un cartón de Lord Extra y un cartón de Peer Export que le llevaban a casa por mensajero y que no iba a terminar hasta el año 2071, cien años después de su jubilación, con total independencia, de hecho, de su última exhalación, de su acto expiratorio final.

Durante mi infancia, la remuneración en especie me parecía la cosa más normal del mundo. Mi bisabuelo por parte paterna había trabajado de repartidor en las bodegas Deinhardt, en Coblenza, y mi abuela administró hasta más allá de la muerte de su padre un nada desdeñable fondo de botellas de vino y champán gracias al cual, en los años de la posguerra, se erigió en la reina indiscutible del mercado negro de la ciudad. Cambiaba las *Bubbes*, como llamaba ella a las botellas, por mantequilla, carbón, patatas y, por supuesto, cigarrillos. Las bodegas Deinhardt habían sido declaradas «fábrica de interés bélico» y se pasaron los años de la guerra produciendo para los comedores de oficiales del ejército. Cuando comentaba a mis compañeros de clase lo de la remuneración en especie, me miraban con cara de incredulidad, casi como si dudaran de mi sano juicio. Ni siquiera la maestra parecía saber de qué le hablaba, una vez que, en una redacción sobre mis excursiones al sótano de Pfaffendorf donde se guardaban las existencias, mencioné, además de las grosellas espinosas en conserva y sin azúcar añadido que se servían con nata líquida, el pago en especie de las botellas.

La tía Anna fumaba muy de vez en cuando y daba generosamente la mayor parte de su ración mensual a nuestra madre, y más tarde a nosotros, los chicos. En mi juventud me fumé pocos cigarrillos con filtro, sólo cuando no tenía dinero para tabaco de liar o para cigarrillos sin filtro. En algunas ocasiones les sacaba el filtro con un movimiento mínimo de la muñeca.

Aunque la tía fumaba muy poco, lo hacía con singular ansia, como mi abuelo y mucha otra gente mayor a la que he observado desde entonces. Como si llevaran todo la vida esperando esa primera calada. O como si fuera la última que pudieran dar. Se metía el cigarrillo entre el dedo índice y el corazón, bien agarrado a la raíz, y se cubría la boca con casi toda la palma de la mano, razón por la cual, cuando fumaba, daba la impresión de estar asustada. Inhalaba hondo y con inquietud, con los ojos bien abiertos, en ocasiones con un curioso jadeo entrecortado, como si estuviera ahogándose.

En la familia era un secreto a voces que la tía Anna había estado siempre enamorada del presidente de Brinkmann. Puesto que, en tanto miembro del comité de empresa, estaba por así decir obligada por el cargo a tener una relación contestataria con la dirección, sobre aquel amor se cernía una sombra trágica, casi mítica. Muy pronto me di cuenta de que eran los Romeo y Julieta de la industria tabacalera alemana. A finales de los años cincuenta o sesenta, aquel amor debió de estar a punto de consumarse, pues la tía Anna hablaba a veces, con indirectas y los ojos brillantes, de un viaje improvisado que había hecho a Suiza, a un lago —creo recordar que al lago de Lugano— en el que el presidente de la compañía, un hombre apuesto, siempre muy bronceado y con gafas de concha, tenía una mansión. Cuando llegaba a aquel punto de la narración, mi tía se sumía en el silencio, sacaba con los dedos blandos e indolentes un cigarrillo de su paquete de Lord Extra, lo encendía y se quedaba mirando el cielo otoñal, color gris estaño, del norte de Alemania.